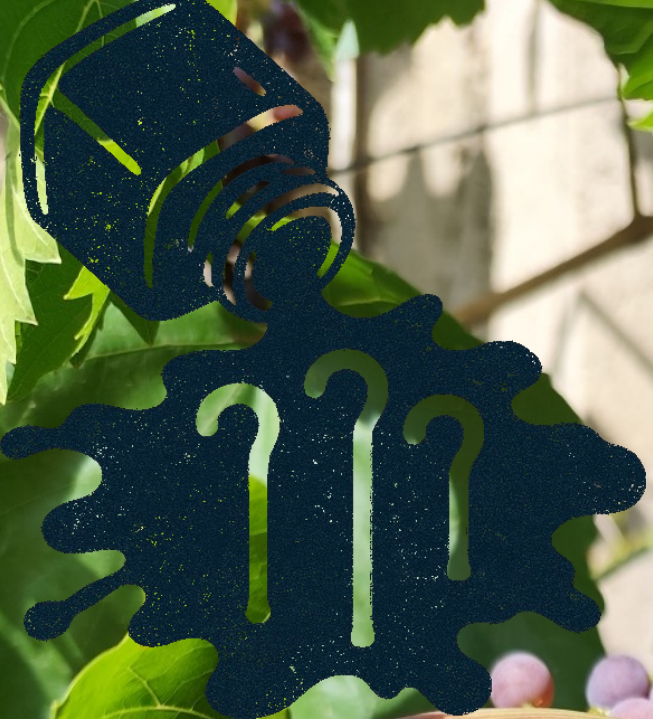




PALOS DE CIEGO GACETA

Nº 9

SEPTIEMBRE 2026

www.palosdeciego.es

EDITORIAL

Lágrimas de barro

Llueve. Es el avance del final del verano, del calor, de las vacaciones, de los turistas. El agua, al principio, cae como fruta madura, en goterones perezosos que bombardean la tierra cuarteada y que se evaporan al tocar las superficies candentes. Luego, poco a poco se envalentona y arrecia con fuerza, como un llanto desesperado que se agarra a la garganta hasta no poder más y se desborda. Se acumula y resbala por las tejas, buscando las canaletas rotas hasta que encuentra una grieta y se desliza por la pared. La tierra se oscurece, se empapa y una diminuta lágrima de barro desciende hasta perderse en el suelo.

La casa llora. Lleva muchos años de duelo porque murieron sus habitantes y quedó sola. La puerta permanece cerrada, esperando que la prole que en el pasado alegraba las estancias regrese, pero tienen otras vidas, en otros sitios.

Las estaciones se suceden y nadie volvió para colocar una teja, para limpiar una canal o tapar una grieta. Se acabaron las risas y las carreras de los niños por las escaleras: «Cuidado, que os vais a matar». Nadie abrió las ventanas para que entrara el aire ni encendió la cocina para espantar la humedad. La casa, sola y descuidada, comienza a morir.

En nuestros pueblos hay mu-

chas así. Algunas todavía tienen dueño que vive a cientos de kilómetros y apenas recuerda dónde guardó las llaves. Otras pertenecen a tantos herederos que, en realidad, ya no son de nadie. Y las hay también que quedaron atrapadas en un limbo de escrituras antiguas, apellidos olvidados y muertos sin descendencia.

Mientras discutimos sobre si la España rural está vaciada o abandonada, las casas siguen deshaciéndose bajo la lluvia. Porque el adobe es duro, pero necesita cuidados. Tierra, agua, paja, madera, piedra. Materiales humildes tratados por manos que los conocían. Tradiciones de padres a hijos; casas levantadas con el sudor de la familia. Casas que respiraban, que, cuando llegaba el verano, si había heridas, alguien las cubría con barro.

Fue así hasta que esas paredes hechas con bloques de paja y barro nos parecieron algo viejo, feo. Quisimos vestirlas de modernas, como en la ciudad, como los ricos, y las cubrimos de cemento. Tapamos el barro con esa piel dura, impermeable, que nos parecía eterna. Enfoscamos paredes torcidas para hacerlas rectas y ocultamos bajo capas grises aquello que nos parecía pobre.

Pero el barro es terco. Absorbe humedad y luego la entrega, se mueve, se contrae, se expande, vive, respira. Y cuando está encerrado, protesta, se re-

bela, agrieta el cemento, lo empuja, lo escupe hasta verse de nuevo desnudo y libre.

Y entonces, el agua que le dio vida regresa para arrebatársela. Hay algo hermoso y terrible en esa contradicción. El agua que convirtió la tierra en barro, que permitió moldear los adobes y levantar paredes capaces de proteger durante generaciones a una familia, termina deshaciendo la casa cuando ya no quedan manos que la cuiden. Una esquina pierde su forma y en algunos lugares aparece la madera que, desprotegida, comienza a pudrirse. Las tejas resbalan y cubren el suelo astilladas, y llega un día en que la cubierta cede y la casa enseña sus entrañas al cielo.

La despoblación no solo es el número de habitantes que pierde un municipio ni una gráfica descendente. Es una puerta que nadie abre. Un huerto devorado por las zarzas. Un camino que desaparece. Una escuela sin niños. Una casa que llora barro cuando llueve.

Cada una de esas casas guarda una historia que solo el silencio de sus paredes recuerda. Allí alguien nació, alguien murió, alguien preparaba la comida mientras otros trabajaban el campo. Hubo discusiones, risas, inviernos en las cocinas alrededor del fuego y veranos con las ventanas abiertas.

No se trata de conservar cada casa como una pieza de museo. Se trata de habitarlas. Los pueblos necesitan

cambiar, las viviendas necesitan adaptarse y no condenar a sus habitantes a vivir como lo hicieron sus abuelos. Mantener la tradición no significa renunciar al presente. Significa entender por qué aquellas casas se construyeron así. Utilizar materiales compatibles. Respetar lo que durante siglos funcionó antes de cubrirlo con cemento y pensar que lo moderno, solo por ser moderno, es necesariamente mejor.

Esta mañana vuelve a llover y en alguna calle una vieja pared de adobe estará dejando caer lentamente otra lágrima de barro. Quizá mañana, cuando salga el sol, quede únicamente una pequeña cicatriz en la fachada. Una cicatriz más que la hiere hasta que ya no quede pared que pueda llover.

A menos que alguien vuelva.

Cuando las ciudades se han vuelto irrespirables, cuando tu sueldo no es nunca suficiente, cuando tu sonrisa se apaga, entonces, tal vez es el momento de volver. Volver a abrir las puertas, a airear las estancias, a recolocar las tejas, a limpiar las malas hierbas, a manchar tus manos de barro. Volver a encender una cocina y a hablar con los tuyos por la noche en torno a ella mientras separáis las piedras de las lentejas.

SUMARIO

A MI ABUELA LE GUSTABA EL FUTBOL
IGNACIO CHAVARRÍA

5

CADA ASCUA MORIBUNDA POR SEPARADO
FORJÓ SU FANTASMA EN EL SUELO
CONCHA LUCAS

7

DEL AGUA QUE QUIERO BEBER
CRISTINA FLANTAINS

9

COLABORACIÓN

EL ECLIPSE EN PALLIDE
MELQUIADES GONZÁLEZ DEL RÍO

11

LA POZA DEL RÍO
MONSE ROBLES CASTRO

15

POR AMOR AL ARTE
MIRVA VALDEBURÓN

17

QUE NO ARDA LO NUESTRO
PILAR GARCÍA LLAMAZARES

19

¿QUIÉN QUEMA EL MONTE?
MERCEDES G. ROJO

21

RUTINAS
MARTA GÓMEZ

25

SEDUCCIÓN
NINA PEÑASACRA

27

OJO CRÍTICO
CODIGO DE BARRAS
JUAN CARLOS MARTÍNEZ

30

A MI ABUELA LE GUSTABA EL FÚTBOL IGNACIO CHAVARRÍA

A mi abuela le gustaba el fútbol, le gustaba de verdad. Entonces, hace ya cincuenta años, no era fácil verlo en televisión. Mi abuelo era más de encerrarse en su taller, rodeado de maderas, clavos y cola blanca, así que quedaba descartado ir al campo a ver a todos esos muchachos correr en pantalón corto. Ella lo escuchaba por la radio mientras planchaba o cocinaba, y mientras, yo jugaba en su salón con mis coches de juguete.

A pesar de que parecía estar a lo mío, como todos los niños, me enteraba de todo. Un día la escuché indignada; mi abuela era una persona entrañable y tranquila, así que me sorprendió su reacción. Me explicó que el árbitro se había equivocado pitando una jugada y que eso la había enfadado. Dentro de mi cabeza de chorlito, le dije que, si era tan claro que se había equivocado, nada más fácil que rectificar. Ella me dijo: —No, cariño, eso ya está pitado, no se puede rectificar.

Su respuesta creó un cortocircuito en mis tiernas entendederas. ¿No se puede? Me acababa de dar de narices con mi primera injusticia.

Tiempo después —años, para ser exactos—, sucedió otra vez. Os pongo en contexto: estaba viendo una

película con mis padres; mi padre, abogado; mi madre, ama de casa. La película en cuestión era *Testigo de cargo*, un clásico de 1957 dirigido por Billy Wilder. En ella, un abogado defensor, interpretado por Charles Laughton, defiende a un hombre acusado de asesinar a una millonaria. Durante el juicio, un giro inesperado parece indicar que la esposa del acusado —interpretada por la maravillosa Marlene Dietrich— es, en realidad, la culpable. Y con esa certeza, el juez absuelve al hombre.

Sin embargo, después de que él es absuelto, se confirma su culpabilidad de una manera que no permite que sea juzgado nuevamente, quedando libres los dos. Toda una trama, ¿verdad? Esa fue mi segunda bofetada de realidad respecto a la injusticia.

Estaba yo en plena adolescencia contestona, así que bombardeé a mi padre con todo tipo de preguntas sobre el caso: —¿Cómo puede ser que le dejen libre si todo el mundo sabe que él la mató?

Nada de lo que mi padre decía —con todos sus conocimientos legales y su santa paciencia— consiguió vencerme de que eso era justicia.

Creo que nos ponemos palos en

las ruedas nosotros mismos, que buscamos excusas, que hacemos trampas al solitario para ser injustos, para mantener la cabeza alta ante nuestros errores y poder decir: *“Es que no se puede rearbitrar”, “es que no se puede juzgar de nuevo”,* en lugar de decir: *“Es que nos hemos EQUIVOCADO.”*

Ahora resulta que el VAR puede revisar las jugadas y cambiar. Donde dije digo, digo VAR. Mira tú que sí se

puede.

Y por si te lo estás preguntando, no, no estoy hablando de fútbol. Ni de cine.

Ignacio Chavarría



CADA ASCUA MORIBUNDA POR SEPARADO FORJÓ SU FANTASMA EN EL SUELO (Edgar Allan Poe)

CONCHA LUCAS

Me vine al monte para habitar, por fin, esa choza de bruja que difusamente añoraba desde siempre. Para ser de las brujas que guardan el territorio, que lo protegen, como los Benandanti, esos que nacían vestidos con el saco amniótico sin romper, esos que celebraban aquelarres dormidos cada uno en su cama, esos que protegían las cosechas. Cristianos de bien hasta que su poder fue tal que fueron a la hoguera con el resto de amotinados del sistema.

En mis paseos por el bosque hago inventario de cada árbol, de cada zorro que cruza fantasmagóricamente el camino, de cada corzo que me observa discreto, desde la lejanía. Inventariando olores, luces, sonidos de pasos, caer de hojas, hongos nuevos, bolas de muérdago, rastros y egagrópi-las.

Antes éramos muchas, y el monte era un lugar debidamente guardado.

Pero occidente se ha extendido. Por el mundo, por el monte, por los corazones, y el bosque siempre ha sido un objetivo a eliminar, para convertirlo en pastos, para cultivar, para plantar parques eólicos, o urbanizaciones. El monte era la madriguera

donde podía guarecerse todo aquel enemigo del sistema, el lugar de los escondites, de los maleficios, de los marcos teóricos peligrosos para la estructura. Ha sido siempre ese lugar que da amparo a los que no se resignan a vivir en lo urbano. Y como tal, hay que eliminarlo, o, al menos, convertirlo en algo peligroso, de lo que hay que alejarse.

Nada más seguro que esa ciudad alicatada hasta el techo donde no hay peligro de nada, donde nada arde, porque su propia definición permanece en lo apagado, en lo muerto.

Y nosotros, dale que dale, que no, que nos quedamos en el monte, junto al bosque, sin que nadie lo entienda, solo nosotros, que sabemos el idioma de los pájaros, del escándalo de la berrea, del sonido del viento en los árboles cuando viene tormenta.

Qué mejor disuasorio que intentar acojonarnos con el fuego, cada año un poco más, cada año mirando al cielo y juntando las manos en un “que no nos toque, diosito, por favor”.

Gente del pueblo planteándose cortar los árboles cercanos al pueblo después del último incendio, certeramente inoculada con el miedo, tan

útil, ese miedo corre como un desmán con la cola prendida, incendiándolo todo, de nuevo, corriendo sobre lo negro, sobre el olor a ceniza, por ese paisaje que se nos ha quemado y que no queremos mirar, ese paisaje frondoso, verde, vivo que nos acariciaba el alma a diario y que ahora nos contempla anorético, apabullado, sin cejas, con los brazos caídos, en shock, sin entender qué ha pasado, sin palabras ante el monstruo que acaba de pasarnos por encima, desintegrándonos.

¿Queréis buscar culpables? No seré yo quien los señale, solo os diré



dónde buscarlos. Buscadlos en lo bajo, entre los que prenden cartones y los deja allí, entre los amigos de “el perejil”, buscadlos también en el medio, entre aquellos que se rascan el cogote desde sus realidades urbanas pareciéndoles todo esto algo muy lejano, esos a los que el machismo, el racismo, la pobreza, les parece también algo muy lejano, aunque se lo crucen a diario en el portal, y buscadlos también en lo más alto, entre los que salen de caza mayor de cuando en cuando, en los que firman normativas y decretos, porque, como se puede ver, tenemos psicópatas de todos los pelajes, en todos los estratos, en cada poro del mundo tanto por acción como por omisión.

Recordad las revueltas de leprosos, brujas y campesinos.

Concha Lucas.

DEL AGUA QUE QUIERO BEBER

C. FLANTAINS

Del agua que quiero beber.

Hace tiempo que La Fuente del Segundo Valle dejó de ser una oquedad en el suelo llena de agua fresca en cuyo fondo se podía ver cómo manaba. Cuando me agachaba a beber, antes de posar los labios en el agua, observaba de cerca aquel brotar con tanta atención... Y sin atreverme a tocar por si acaso interrumpía algún encanto extraordinario.

A continuación, tras un breve fluir, se embalsaba en un charco algo más grande, poco profundo, lleno de plántago, ranúnculos, espadañas y, más abajo, mientras corría y se desparramaba por la pradera, algún berro. Había ranas y renacuajos, libélulas, mosquitos. En el barro, impresas huellas de algunos animales más pesados que bajaban a beber: corzos, zorrillos, alguna liebre, quién sabe qué más.

Tiempo después, La Fuente del Segundo Valle fue intervenida. Aquel manar se ocultó y se canalizó el agua por un tubo subterráneo hacia un pequeño abrevadero de hormigón, incrustado en el suelo, unos metros más abajo. De momento me pareció que habían terminado con su encanto, pero el paisaje no tardó en recuperar aquel espacio y el hormigón verdeó entre líquenes y musgos; el barro fue cubriendo sus bordes y volvieron las ranas y los renacuajos.

Y aunque ya no bebí más de aquella agua, porque más que quitar-

me la sed su frescura, lo que la aliviaba era ver cómo manaba, pronto volvió a ser el destino más codiciado de mis paseos. Bajar hasta la fuente y sentarme durante un buen rato cerca de ella.

A veces, allí sentada, soñaba con la circunstancia de que, si verdaderamente en algún momento de la vida hubiese podido elegir dónde vivir, cosa del todo inverosímil, posiblemente hubiera elegido aquel lugar. Y sola. Planeaba mi casa, inmersa en el paisaje, un bosque de robles, encinas y espinos albares. Valle abajo los enebros. Hasta que el paisaje se abría a lugares más inhóspitos y el bosque desaparecía.

Después de que todo ardiera, he vuelto a bajar a La Fuerte.

Un penetrante olor a tierra quemada me acompaña desde que salí del pueblo.

Avanzo agarrada a la rutina que me ha llevado hasta allí durante tantos años.

Pero el camino ya no es el mismo. Y sin paisaje, todo es extraño. Aun así, llego porque dentro de cada ser, en cualquier circunstancia, la senda de regreso a casa está impresa.

El humedal, algo más de 60 m², ha aguantado la furia del fuego. Los robles más expuestos, en alguna zona, están deshidratados, pero no quemados. El agua cascabelea al caer desde el tubo por el que discurre. Y en el charco hay renacuajos.

La fuente ha aguantado contra todo pronóstico. Casi no lo puedo creer.

En este sitio, con el fuego en su pleno apogeo por los cuatro puntos cardinales, ha tenido que hacer un calor insoportable. No me explico cómo han podido conseguir sobrevivir estos renacuajos.

Allí de pie, hoy no he pensado en mi casa entre los árboles. Ni en la mujer que sentada a la puerta leería los versos de Hipatia que no consiguieron trascender, en una tarde nueva de finales de agosto como la de hoy. Envueltas sus piernas en ropajes de fresco lino y sus pies descalzos sobre esta tierra que también piso yo. No pienso en nada. Ni siquiera me pregunto dónde se han ido los habitantes de este bosque. En algún sitio estarán esperando para volver, ¿verdad que sí?

Solo un dolor punzante me atraviesa la cabeza de sien a sien. Solo eso, remansándose dentro del cráneo. Y en el corazón la ira, toda la ira del mundo.

A nuestros gobernantes no les importan ni sus pueblos ni sus gentes. Utilizan las instituciones para promocionarse y hacer negocios. Nos dejan arder para sacarnos de los pueblos y disponer del territorio. Malditos seáis cada uno de vosotros. [Castro del Condado](#) ardió el 29 de julio de 2026. No lo olvidaremos.

C.Flantains



COLABORACIÓN

EL ECLIPSE EN PALLIDE 12/08/2026

MELQUÍADES GONZÁLEZ DEL RÍO

El **sol**, que hoy parece ocultarse pudoroso tras la luna, surgió de una nebulosa cósmica hace ya unos 4.500 millones de años; ahora ronda la mitad de su vida. En años humanos, vive la edad de la madurez, previa a la vejez. Un día, este **paréntesis** de unos minutos que hoy puede contemplarse con admiración casi religiosa desde la Era del **Barrio**, se abrirá pero no se cerrará. El sol en **agonía** seguirá calentando sin control hasta el punto de evaporar el agua del río **Arianes** y de la laguna de la Mina; el monte del **Corón** quedará volatilizado mientras la peña **Lende** se convertirá en un amasijo informe de metales ardientes. Algo semejante a lo que hoy son los valles de Marte o Venus.

No se trata de un bulo alarmista ni de un cuento o una fantasía del **Apocalipsis**; son datos irrefutables de la ciencia. Incluso ya tenemos fecha: dentro de unos mil millones de años. Consuela pensar que no lo veremos, aunque conviene saberlo para respetarnos y respetar el planeta. No tiene por qué aguarnos la fiesta ni el encanto de hoy, pero sí puede darle más sentido, situarnos en el espacio y en el tiempo real para no caer en la tentación de creernos imágenes de dioses o reyes absolutos del **universo**. Asusta más pensar que la **humanidad** actual tiene el poder y la tentación de abrir para sí misma ese paréntesis, ese **eclipse** terminal de desolación antes de que el sol lo haga definitiva-

mente.

Las apabullantes cifras que rodean el espacio y el tiempo del astro solar ofrecen la **perspectiva** correcta del valle: un **valle** que consideramos inmenso, desde Arianes al monte de Viego, desde Pardomino a Linares, no es realmente más que una **brezna** casi invisible que se desprende de un asolador incendio en Pardomino. Esa brezna también es España, Europa, el planeta o el sistema solar, dentro del Universo. Existen en un **espacio** y un **tiempo** fugaces y efímeros, casi indetectables en las dimensiones de años luz que miden el universo. El mismo imponente **sol** que hoy se oculta tras la luna no es más que una vulgar y ridícula **estrella** en fusión nuclear, inmolándose a miles de millones de grados, dentro del gigantesco **Universo** de galaxias. No digamos la dimensión de la vida de un habitante del valle, de su perro o de su vaca.

Para muchas culturas, el sol ostentó la categoría de **dios** y no es un invento imaginar que sobre esos peñascos de Remolina o las hendiduras de los Peñones Negros, se levantaban **altares** en los que nuestros antepasados ofrecieron sacrificios a esa divinidad solar para tenerla propicia. También la sombra de **eclipses** solares mataba, porque la ignorancia y el fanatismo los atribuían a castigos o premoniciones **divinas**; era necesario sacrificar al dios para que el sol volviera a su ritmo diario. Lo mismo que ma-

tan hoy las sombras de los **bulos** o conspiraciones que han precedido y acompañan a este espectáculo, aparentemente neutral y amigable, que estamos a punto de ver.

También hoy, una sociedad **consumista** y desnortada ha tratado de convertir estos minutos astronómicos locales de pura contemplación, en una **mercancía** mundial para ser consumida y vendida. Es seguro que muchos de nuestros vecinos y vecinas mayores han contemplado **eclipses** como este, con sorpresa, sin aspavientos, con la misma pureza y respeto ancestrales con la que, cada noche de guardias, miraban al cielo estrellado desde la cresta del **Pando**, el parto de un cordero recental en la vecera o el

amanecer invernal de las cumbres de la Carbonera en todos los Santos.

Los vecinos y vecinas del valle han tenido la suerte y el **privilegio**, porque su trabajo obligaba a madrugar y a trasnochar con frecuencia, de contemplar miles de veces el rutinario y exacto surgir del **sol** por las peña de las Pintas, el reflejo inicial en la peña del **Alba** y su pausado y colorido ocaso por las sierras de los Argüellos. No muchas personas del mundo pueden disfrutar cada día de estos increíbles **orientes** y ocasos.

Un sol que derretía la **nieve**, que proporcionaba color verde a los otoños de la Vega, que calentaba la tierra y el agua en primavera, pero que también quemaba. Por eso inven-



tamos el **eclipse** personal de la **siesta** para defendernos debajo del carro, a la sombra del chopo o del sombrero del portalón. Esa misma siesta que también buscaban los animales en el **sextil** de las ovejas y de las vacas junto al chozo de piedra, en el **sextilón** de Remolina o en la cueva de los corderos y los marones en la peña Loja o el Moroquil.

Estamos a 12 de **agosto**, uno de los días que Manolo el de tía Gabriela tomaba como referencia para predecir el tiempo, mediante las **cabañuelas**. El sol marcaba los días y también las horas con sus **sombras**: la llegada a Socollada de la sombra de la peña Lende daba final a la vecera de los marones, la sombra peña **Loja** a los corderos. Una sombra, previa al reloj, esperada por los pastores cumplideros para regresar puntualmente a casa.

Reunirse en filandón en la **Barra** o al solano entre las Casicas resultaba acogedor al caer el sol o bajo la pared de piedra que separaba la inclemencia del astro de los convocados. El mismo pueblo de **Pallide** nació y creció en un **Pando**, ofreciendo cara franca al **sol**, pero protegiendo sus flanco Norte con los verdes robles del acogedor monte del **Corón**. La **sombra** propia es una compañía deferente y el contrapunto o respiro que nos presta el implacable calor y luz solar. El eclipse de hoy es en realidad una sombra protectora, pero fugaz, que nos ofrece gratis la **luna**.

El **sol** crea el verde de los bosques de Tresmonte y otoños de la Vallina pero también seca la **hierba** para que pueda alimentar el invierno o achicharra y madura los granos del trigo para que puedan ser molidos. A

veces el astro solar entra en conflicto, en nuestro valle, con el **agua**. Cuando ésta escasea, el sol aprovecha para resecar y matar el suelo. Por eso siempre hemos administrado al agua con avaricia e inteligencia para mitigar los excesos solares y convertir los ocres de las praderas y pacereros en el verde claro de los **otoños**. Un sol que mirábamos con esperanza cuando trataba de meterse entre los carámbanos de los tejados y argollas de Noviembre pero con **desesperación** cuando, a pleno mediodía, se empeñaba en acompañarnos en la siega, sobre el trillo o sobre el carro de hierba. En esos momentos se echaba de menos la llegada de un **eclipse** salvador.

Un sol que a las gentes de nuestra generación nos volvía de **piel** morena en verano cuando para las mujeres estaba de moda la piel blanca. De ahí los manguitos, el pañuelo, los guantes veraniegos, el sombrero de paja y la boina. No entendíamos a los turistas locales que se asolaban al mediodía y nos cuesta entender a los que se fríen al sol en las **playas**. Un sol que decenas de **gallos** predecían cada mañana en los corrales con una regularidad de reloj. Un sol con el que piropeábamos al ser querido.

Un sol de vida y muerte; por eso nos enterraban, al final de la vida, bajo tierra como los topes ciegos para evitarnos presenciar nuestro eclipse **final**. Con la esperanza de prolongarlo plantábamos en el cementerio árboles de sombra, siempre de hoja **perenne**. Podemos mirar ahora hacia el alto de San **Roque**. Una casualidad astronómica hará que el sol entre en eclipse sobre la vertical de la ermita y lo que hoy son

las tumbas, los nichos y los columbarios del **cementerio**. Una casualidad para un recuerdo emocionado para ellos y ellas, que también fueron y son **Pallide**.

Un sol, como todo en la vida, como el despertar o dormir, que nos hacía comprender el valor oscilante de las sombras y los contrastes. Por eso, cuando la noche interrumpe la presencia vitalicia del sol, acudimos a la fantasía tenue de los **sueños**. El **eclipse** puede ser una meditación sobre la caducidad del tiempo, una ruptura de la monotonía, un canto a la precisa anticipación científica, pero nunca debe ser un paréntesis a la **vida**. Por eso hoy lo estamos celebrando en comunidad frente a las peñas, praderas y montes que nos han permitido sobrevivir, con agobios pero con dignidad.

Puede ser también un **símbolo** de unos pueblos que se han ido vaciando, sumidos en un oscuro **eclipse** durante un tiempo, pero que deben ser resucitados por el sol del progreso, el trabajo y la inteligencia. La ciencia puede hoy **predecir** con exactitud de minutos y segundos los **eclipses** que oscurecerán el valle dentro de miles o millones de años, pero no puede decirnos nada de cómo será la vida y la actitud de los habitantes que los contemplen. Ni siquiera podemos imaginarlo, como tampoco podría imaginarse el **Pallide** de hoy un clan de andrajosos viajeros que instalaron hace **mil**

años un chozo de piedras y piornos y un corral de ovejas al lado de dos fuentes en la ladera de la cuesta del **Pando** que vierte sus aguas en el río Arianes. Los espectaculares medios tecnológicos audiovisuales de hoy, incorporarán con detalle el que ahora estamos viviendo y lo prolongarán sin límite a la memoria colectiva de los futuros habitantes.

La astronomía ha despojado al eclipse del ropaje del **misterio** y lo ha alejado del temor; ahora nos queda la **contemplación pasmosa**, punto de partida y **sol** de la verdadera **sabiduría** que siempre florece abonada de emociones. Aunque el sol ya no ejerce de **dios**, debemos agradecerle que haya guardado las distancias. Si se hubiera ido más lejos, el valle de Reryero sería un témpano de hielo; si se hubiera acercado algo más, un desierto total abrasaría **Pallide**.

Todo acontecimiento excepcional lleva a la formulación de un **deseo**. Desearíamos que el eclipse fuera más duradero y más amplio: que oscureciera las guerras, la desigualdad, la desinformación y la miseria y, puestos a desear **imposibles**, que ocultara la vejez, la enfermedad y la muerte.

Melquíades

LA POZA DEL RÍO

MONSE ROBLES CASTRO

En los veranos de mi infancia y adolescencia la poza del río siempre ha estado como una imagen central. El río como sensación de libertad. Cuando los baños en la poza eran lo mejor del verano. Siempre el deseo de que acabara el curso cuanto antes para tirar los libros a un rincón.

Bajo los rayos del sol, el agua siempre estaba helada en las pozas. Las truchas saltarinas brillaban bajo la superficie al ladear sus lomos. Y al caer la tarde, ya en la puesta de sol, sus saltos sobre el agua plateada cazando mosquitos. El agua tan transparente que veíamos los peces nadar a nuestro alrededor y acercarse a mordisquear nuestra piel. La cálida luz del sol al atardecer y tras el baño, un buen cacho de pan con chorizo, comido con el cuerpo mojado y fresco.

El querido río Curueño, que da apellido a nuestro pueblo, tiene un régimen de aguas natural. No está regulado por presas, ni embalses y de esta forma es uno de los últimos ríos naturales de la provincia de León. En sus aguas podemos sentir el cambio de las estaciones. Al final del invierno y en la primavera corre alocado con

sus aguas crecidas por las lluvias y el deshielo. A medida que la primavera va dando paso al verano va, poco a poco, reduciendo su caudal, pues sus aguas llevan vida a prados y cultivos del valle. Y ya, en el pleno verano, se va estiendo hasta que su agua apenas se ve correr entre las piedras y se refugia en pozas secretas y misteriosas.

Como este año ha llovido bastante y ha habido un buen deshielo en las montañas, el río ha bajado tan crecido que ha vuelto a excavar algunas de las antiguas pozas. Los jóvenes lo han descubierto y pronto se ha corrido la voz: volvemos a tener poza en el pueblo, nos podemos volver a bañar. El secreto ha corrido de unos a otros y ha vuelto el placer de bañarnos en nuestro pueblo, sin necesidad de desplazarnos a ningún otro lugar.

No quiero que mi río se convierta en un canal de riego que desplace grandes cantidades de agua hacia los cultivos industriales de alfalfa o maíz de las lejanas llanuras.

No quiero que el agua de mi río sea retenida en un embalse de cabecera que anegue pequeñas aldeas e interrumpa el flujo natural de sus

aguas y sus seres vivos.

No quiero que mi río se transforme en una gran batería de almacenamiento de energía eléctrica, mediante centrales reversibles de bombeo.

No quiero nada de eso para nuestro Curueño.

Quiero que siga siendo un río libre y un poco alocado. Así, como ha sido siempre, así queremos que continúe.

Monse Robles Castro



POR AMOR AL ARTE

MIRVA VALDEBURÓN

La RAE define el arte como la capacidad o habilidad para hacer algo. Actividad consistente en crear obras que, mediante recursos principalmente plásticos, visuales, sonoros o literarios, produzcan estimulación estética o intelectual. Y a la artesanía como arte u obra de los artesanos.

En el entorno rural que habitamos existe una manifestación artística conectada de forma muy potente con la naturaleza y la cultura propia, a través del uso de materiales locales que se trabajan con herramientas simples y técnicas que forman parte del patrimonio cultural inmaterial de nuestra comunidad. La madera, el junco, el mimbre, la lana, el barro o la arcilla se convierten en objetos aparentemente cotidianos cuya estética contiene siglos de sabiduría en constante transformación a través de la mirada y las manos del artista.

Perderse entre los mercadillos de artesanía es un placer para los sentidos y para el alma. Admirar ese bolso de ganchillo único. Pendientes de plata hechos con las manos a base de imaginación, horas de trabajo y mucha habilidad. Calcetines de lana merina teñida con colores primarios, auténticos, puros, tejidos durante tardes eternas. Cinturones de cuero que huelen a curtidor y a taller con solera. Piezas de cerámica creadas a ritmo de torno por alfareros soñadores, algunas del color de la tierra, básicas, úni-

cas, sencillas y hermosas al tiempo, útiles, receptoras de ajos, tomillo y aceite, acariciadas por las manos que las crearon y mecidas por tantas más.

La artesanía es la forma más democrática de introducir el arte en nuestra vida cotidiana. La mayoría de las personas podemos adquirir una pieza única, prácticamente al mismo precio que pagaríamos por cualquier objeto en un gran almacén o tienda de marca reconocida, fabricado en serie y con materiales cuya corta vida nos aboca a seguir consumiendo.

Una acción tan simple como preparar una refrescante agua de limón y menta, me conecta con la tierra cuando salgo al huerto y elijo una rama llena de vida, pero también cuando cojo el exprimidor tallado en madera de olivo que le compré a un artesano de Valencia y me lleva a otro mundo, tan distinto y al tiempo tan parecido al mío: la vida en los pueblos pequeños y sus tradiciones.

Hago unas sopas de ajo y llevo a la mesa la receta de mi abuelo. Él las hacía individuales, una por una, en cazuela de barro de Jiménez de Jamuz; intento reproducir ese momento y me siento rodeada de arte en toda su dimensión.

Poner en valor la artesanía, dejar que entre en nuestras vidas, supone ser parte de un movimiento que consigue fusionar el arte y el conocimiento transmitido por nuestros ante-

pasados con nuestra realidad.

Por otro lado, nos hace conscientes de cómo influye en nuestra vida lo que adquirimos y de qué forma moldeamos la realidad con nuestra actitud. Significa apoyar una forma de expresión que preserva la tradición, la cultura, el buen hacer y se desmarca de la dinámica actual del usar y tirar. Se trata de que los objetos y productos que nos rodean construyan una historia, un relato que se hilvana a medida que les procuramos una larga vida.

Mirva Valdeburón



QUE NO ARDA LO NUESTRO

Pilar García Llamazares

Para que Zeus vigile la llama eterna del Olimpo
Para que Prometeo nos proteja del fuego
Para que Hermes encienda su fragua
Para que Roma no se vuelva a quemar
Para que no arda Paris
Para que la chispa no se encienda
Para que la llama no vuele y lo engulla todo
Para que el viento no ayude a la llama
Para que el humo no apague el cielo
Para que las cosechas den sus frutos
Para que las flores no se marchiten
Para que los nidos vuelvan a tener ramas
Para que la sombra siga esperando en los caminos
Para que el sol caliente pero que no abraze
Para que el monte no lllore ceniza
Para que la especie humana no se extinga
Para que no se siembren placas solares
Para que el cemento no le gane terreno al monte
Para que se borren las intenciones de los pirómanos

...

Para que no vivamos en un continuo desasosiego
Para que las aldeas no desaparezcan
Para que aprendamos a no jugar con el fuego
Para que el verde tenga vida perenne
Para que los caminos nos sigan llevando a casa
Para que las campanas no toquen a fuego
Para que todos tomemos conciencia
Para que el incendio no se encienda
Ora pro nobis, monte

Pilar García Llamazares



¿ QUIÉN QUEMA EL MONTE?

Mercedes G. Rojo

En homenaje a todas esas personas que han vivido y siguen viviendo en los pueblos, guardiannes de la riqueza que los mismos nos ofrecen y cuyas voces se siguen teniendo “tan poco” en cuenta.

Entramos en el mes de septiembre y ya los últimos coletazos del verano parecen percibirse, especialmente en la luz que acompaña nuestros días, pues parece que las temperaturas, propiciadas por este cambio climático que tenemos encima, tan negado por algunos, aún nos deparan días de calor no propios de estas fechas. El verano avanza hacia su término estacional y en nuestras tierras quedan por doquier las profundas cicatrices que los incendios han ido dejando aquí y allá, mientras aún corremos peligro de que se abran otras nuevas. Lo peor de todo es que, detrás de toda esa tragedia ecológica que va transformado nuestros paisajes, quedan también las tragedias personales: gentes, con nombres y apellidos, que han perdido las casas que contenían toda una vida de recuerdos y memoria que ya nunca podrá recuperarse; que, a partir de ahora, sin duda temblarán cada vez que vean alzarse una columna de humo en el horizonte; que no se atreven a ausentarse de su hogar por mie-

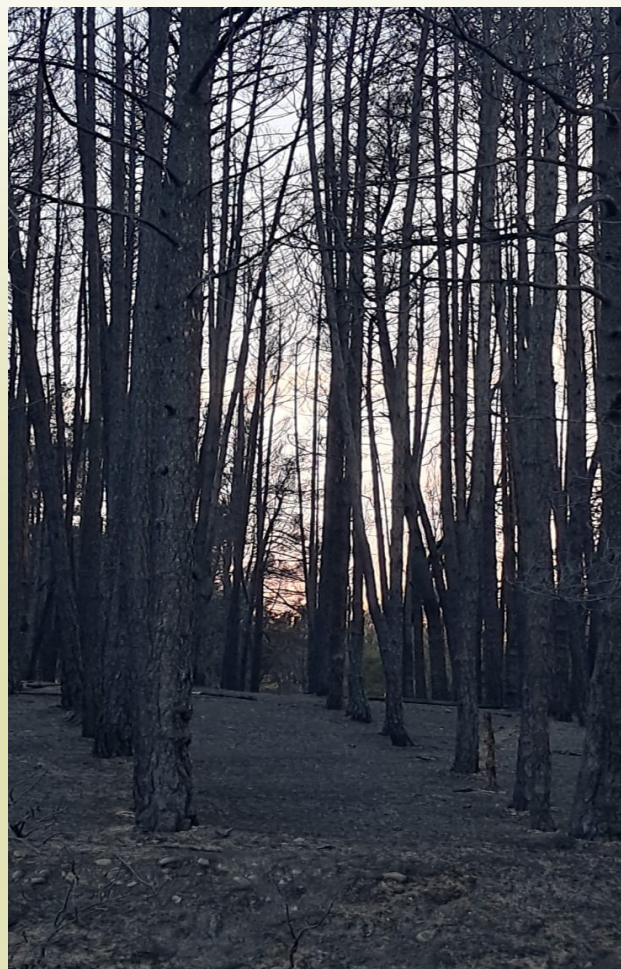
do a lo que puedan encontrarse a su vuelta, y que, cuando se ven obligados a hacerlo, no dejan de mirar, con el corazón en un puño, hacia el lugar donde este se encuentra. Y es que el fuego no respeta nada y si no hay cerca manos que intenten mantenerlo a raya mucho menos aún.

En estas últimas semanas he pasado, días después de la tragedia, por los paisajes que han sustituido su amplia gama de verdes salpicada aquí y allá por la mancha multicolor de las flores silvestres, peonías incluidas, hasta una escalera cromática en la que solo encontramos una única variedad de grises ampliándose hasta el casi negro del carbón, dejando, donde antes hubo follaje y vida, solo varas carbonizadas extendiéndose hacia el cielo, envueltas en una soledad y un silencio que logran encogerte hasta el alma. Y después de la devastación de las llamas, en algunos casos han llegado las lluvias, y la fuerza del agua, a la que ya nada detiene a ras de suelo, ha ido arrastrando hasta los cauces la ceniza que aún permanece en los campos, llevándose con ellas la poca tierra fértil que pudiera quedar sobre los mismos. Y, en algunos desgraciados casos, hasta alguna vida humana.

Ante la innegable tragedia, hay quienes nos preguntamos qué hay verdaderamente detrás de estas circunstancias, circunstancias en muchos casos intencionadamente provocadas y, en otros, efecto de la desidia

sobre una gestión más eficaz que ahora mismo se tendría que hacer de nuestro territorio. Dejo al entendimiento de quien me lea analizar las verdaderas causas por las que se producen unas y otras, pero este problema no es nuevo. Se viene repitiendo en nuestro país, y más concretamente en nuestra provincia, desde hace décadas, aunque en los últimos años los incendios sean cada vez más devastadores debido al cambio climático y, también, al cambio inevitable de nuestros paisajes que, en un abrir y cerrar de ojos, pueden pasar de ser auténticos paraísos a convertirse en kilómetros y kilómetros de tierra quemada que se lleva consigo la rica biodiversidad que conforma actualmente muchos de nuestros paisajes. Y poco a poco, aunque aún sin demasiado éxito, en nuestros pueblos y comarcas, se alza la voz de personas que viven en estos espacios reclamando medidas para evitar que estas circunstancias se reproduzcan año tras año, como si detrás de las mismas hubiera intereses ocultos para hacerles abandonar una tierra que han elegido para vivir en ella, pese a todo y por encima de todo.

Tampoco son nuevas estas voces que se alzan. Hace ya varias décadas existió, en un lugar de nuestra provincia, concretamente en Noceda del Bierzo, una mujer, maestra y poeta, que ya clamaba contra la continua presencia de los incendios en la realidad de los pueblos. En aquel momento, prácticamente como ahora, la inmensa mayoría eran provocados, entonces, fundamentalmente para ganar espacio para pastos. Hoy en día, los intereses que mueven esta realidad



serán seguramente otros pero lo que está claro es que estos incendios son cada vez más difíciles de controlar y, por tanto, más peligrosos. Durante estos dos últimos veranos, la situación –fundamentalmente la de nuestra provincia– me ha hecho pensar mucho en ella y en lo que hoy estaría sufriendo al ver nuestra provincia arder por los cuatro costados. Ella se llamaba **Felisa Rodríguez**, amaba profundamente la naturaleza y trasladó a su alumnado (primero solo niñas y en sus últimos años como maestra ya niños y niñas conviviendo en aulas mixtas) la importancia de respetar el medio que nos acoge y nos da vida, hasta sus últimas consecuencias. Particu-

larmente, me gusta decir de ella que fue una de las primeras (sino la primera) educadora ambiental de nuestra provincia, antes de que se le pusiera nombre a esta realidad. Felisa, maestra de profesión, escritora por pasión, enseñaba sobre y desde la naturaleza a su alumnado, durante casi toda su carrera en el pueblo que la vio nacer. Clamaba contra los incendios forestales (y otros atentados al medio) desde su poesía, al tiempo que propulsaba campañas para concienciar contra los mismos, desde su propia escuela y su propio pueblo, pero también acudiendo a otras localidades que la invitaban para concienciar a la

población frente a los efectos devastadores de esta realidad. También su labor fue muy importante desde la prevención pues desde el primer momento abogó por la reforestación de los lugares (quemados o no) con plantas y árboles autóctonos, siempre más resistentes al efecto devastador del fuego. Y así en su escuela se celebraba, desde mucho antes de que estas prácticas se extendiesen como parte del currículo de aula en todos los centros educativos, el Día del Árbol, como una verdadera fiesta en la que estos eran los protagonistas en todos los sentidos. También tenía un huerto con su alumnado, en el que cada miembro de la clase tenía su propio árbol, del que era responsable, estando al cargo de su cuidado y crecimiento como una forma de aprender a valorar en su justa medida lo que la naturaleza nos regala cada día. Durante toda su vida reclamó más medios para la vigilancia y lucha contra los incendios y, especialmente en su localidad de Noceda, abogó para que no desapareciera la variedad autóctona de su flora y que los árboles propios de la zona no desaparecieran en aras de árboles de rápido crecimiento y peor rendimiento ante los fuegos y la biodiversidad. Buscó crear conciencia y lo hizo apoyada en el conocimiento ancestral heredado de sus antepasados intentando que Noceda (y por extensión el resto del territorio) no perdiera su identidad, aspecto que no consideraba reñido con el avance de la sociedad.

El ejemplo de Felisa Rodríguez, sin duda, ha existido también en muchos otros lugares de nuestra provincia, principalmente en lo que a guar-



Felisa Rodríguez

Noceda del Bierzo, 1912/1998

dar y transmitir saberes se refiere, y así, con respecto a unos de los últimos incendios sucedidos en las pasadas semanas en la comarca del Condado, recuerdo como una vecina de uno de los pueblos afectados, que se salvó de la quema por pelos, me comentaba como una anciana que siempre ha vivido en el mismo se quejaba de la cercanía al pueblo de un pinar cuya presencia se debía a esa (a mi modo de ver) tremenda política que sustituyó las encinas y los robles que durante siglos poblaron nuestros montes por una especie de crecimiento mucho más rápido y que tampoco es propia de muchos lugares en los que se ha implantado. Era la crónica “de un incendio anunciado”: especie demasiado propensa al fuego, lugar demasiado próximo a los hogares de la gente... En esta ocasión, un golpe de suerte, o más bien un golpe de viento que hizo cambiar la dirección de las llamas, impidió que cuando este verano dichos pinos comenzaron a arder el fuego se extendiera también sobre las casas. Otros lugares no tuvieron tanta suerte. En cualquier caso, este pequeño artículo trata de ser un homenaje a todas esas voces que en los pueblos saben mucho más de lo que desde las altas instancias están dispuestos a escuchar, y una petición –a quien corresponda– para que aprendan a mirar y a tener en cuenta a quienes REALMENTE viven en el territorio. Y qué mejor que hacerlo con uno de tantos de esos poemas a través de los cuales nuestra protagonista alzó la voz contra los repetidos incendios que asolaban –también entonces– el territorio.

¿QUIÉN QUEMA EL MONTE?

Felisa Rodríguez

*El bosque se está quemando
dolor de humeante ceniza,
del árbol verdes lamentos
entristeciendo la dicha.
Va la luna plata y nácar
con la cara enrojecida,
camina por el espacio
silenciosa y dolorida.
Crepita el monte angustiado
por feroz saña mordido,
la piel le arranca en pedazos
odio ciego y resentido.
Fronza, retozo y gorjeos,
un momento luminaria,
llora pintando de negro
su silueta chamuscada.
¡Ayes de selva agredida,
ultraje de fiera y ave,
“nerones” gozan quemando
la hermosura del paisaje!*

Mercedes G. Rojo

Nota: Felisa Rodríguez es una de las protagonistas de mi proyecto “Rescatar la Memoria” con el que cada año tratamos de salvar la memoria de una mujer, en líneas generales profundamente ligada al mundo rural, cuya biografía nos muestra no solo la gran capacidad de resiliencia de las mismas en duros momentos de nuestra historia, también las enseñanzas de vida que nos dejaron y que, como en este caso, siguen estando plenamente vigentes.

RUTINAS

Marta Gómez

Martirio:

*“Estoy deseando que llegue noviembre, los
días de lluvia,
la escarcha, todo lo que no sea este verano
interminable”.*

F.G. Lorca. La casa de Bernarda Alba (1936).

Quién pudiera cruzar puertas
reversibles, siempre (YO)

Juventud, volcán, verano.

—¡Violeta! Ven al salón.

Cogí dos esquinas de la sábana. Al abrir los brazos no abarcaba todo el lateral, no la podía estirar del todo, pero tras el primer doblez, ya sí. La coreografía estaba interiorizada. Después, cerramos el sofá, de nuevo menguado.

Unos minutos antes, aún habíamos desayunado juntos, pero el colacao sabía a fin y silencio.

Aunque la casa se quedaba grande, a mí me parecía más pequeña. Me ahogaba. Salí a por la bici y recorrí las calles de mi pueblo una y otra y otra vez. Al principio, Lupo me perseguía, jugando; luego, tras tanta vuelta, se tumbó y durmió.

Cuando se marcharon, mi prima lloraba.

Yo no entendía por qué. Si la que me quedaba sola era yo.

—¡Violeta! A comer.

Comimos en silencio, viendo el tele-diario. Yo recorrí con un dedo el hule del escaño, de chincheta descascarillada en chincheta descascarillada, agrandando los jirones de los laterales de la tabla; ausente.

Mi padre recuperó su sitio en la cocina, el que antes era de su padre, y después, de su hermano mayor. Mi abuela retomó el ganchillo acompañando resoplidos con tirones en el hilo. Mi madre no cambiaba: seguía trabajando.

Las rutinas permiten el tiempo
(TÚ)

Madurez, sedimentos diarios,
septiembre.

—Vamos a ver, Violeta:
si te dijeran cómo has
pasado la vida, ¿qué
dirías? —Preocupada.

—¿No te relajas ahora en verano?
¿No tienes ganas?

—No. Desde niña, no. De pequeña quería el verano igual que daba por hechas la prehistoria, la existencia de futuro o la bondad humana. Ya no.

—No seas tan negativa.

—No me gusta el verano. Quiero estar organizada, hacer los humildes

esfuerzos diarios que me ayudan a sostenerme.

—¿Tienes miedo?

¿Es el fin? (ELLA)

Insostenible, en todo momento, en todo tiempo.

Violeta vivía una grieta con su alrededor, la vivencia de un dolor hondo la separaba de sus amigas, no la entendían ni ellas, era más fácil no hacerlo; y se veía abocada a entrar en la espiral del ensimismamiento —no egoísta, sino necesario—.

Violeta quería el otoño como mujer amenazada que ansía cruzar el umbral de su casa, dar doble vuelta a la llave, ponerse las zapatillas con hambre de suelo firme, inhalar una bocanada de aire no contaminado y propio, aovillarse y abrazarse en la cama y, por fin, animarse con palmadas invisibles en la espalda: «Lo conseguí, un día más». Y, después, llorar, un día más.

Marta Gómez



SEDUCCIÓN

Nina Peñasacra

Dijeron que las aguas del Esla cantaron algo previamente. Desde todos los rincones de la villa y alrededores se escucharon sonidos ancestrales. Asomada a la ventana veo una romería de figuras que caminan a una. *¿Tienen un rumbo fijo?* Las miro y parpadeo varias veces, se asemejan a un ejército derrengado, destellos quebradizos quizá de las últimas almas guerreras que defendieron esta nuestra tierra. Algunos me resultan familiares, son ellos, los que habitamos hoy mezclados con.... Pero *¿qué hacen?, ¿a dónde van?*

Aplasto las palmas de mis manos contra los cristales y dejo la cicatriz de unas huellas que pueden ser como la de cualquiera de los que habitaron en nuestras cuevas. Completamente ajenos a la descarnación que sobre nosotros ejecutaron y ejecutan los que vinieron después. Aunque la nariz ha empañado el cristal, detrás del vaho distingo claramente que delante de todos camina un hombre peculiar; sostiene un arco y una flecha, lista para alcanzar la diana ante cualquier adversidad. Parece atolondrado, como si la más bella de las ninfas hubiese retenido en su mente los sentidos. Los raposos de los montes que nos protegen tienen sus mismos ojos y lo delatan: *¿Acaso tiene la capacidad de cambiar una voluntad divina?*

Le siguen varios personajes: un ciego, quizás un adivino; un ser gigante con un solo ojo herido que se bam-

bolea como las hojas de los *populus tremula* y al que su padre le tiende un tridente para apoyarse, una maga rodeada de una piara de cerdos, una persona disfrazada de mendigo y un hermoso ser con alas en las sandalias.

Tan solo unos pasos los separan de unos hombres que se llevan a la boca deliciosas flores de lotos del olvido. Caminan desarmados.

Sopla un viento de aura caliente mientras se escucha el fuerte sonido de un helicóptero volando bajo, van a recoger agua para apagar los fuegos que nos cercan como alimañas. Es la canción del verano con voz de aspas cortando el aire que parece no va a pasar de moda cada año; poco a poco se hace familiar y da miedo porque devorará el lamento y la costumbre se convertirá en ley. Pero el ejército no reacciona, ellos siguen su ruta ¡qué más les da! Sus guerras fueron otras y ni siquiera los dioses del Olimpo tuvieron piedad. Todos menos uno al fango del averno.

Un conocido refrán dice que “cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar”, pero solo se oye decir, no dejan hacer, un adivino para tal predicción no es necesario. Se olvidan, los desconsiderados, y así nos conviene, que el universo juega con sus propios dados y tal vez lance uno que disipe las cortinas de humos que entretejen en las sombras; y haga aparecer esos movimientos es-

pontáneos que nacen de los pueblos empachados por los opios legales. Y ojalá no encuentren medios ni remedios, como los que se nos niegan, para resguardarse como las fieras. Ofrecen alimentos que depositan en los altares de la ignorancia, como lotos encubiertos de patrañas que vomitamos en forma de palabras vacuas que caen al suelo y que los lectores adiestrados en la defensa saben leer entre líneas.

Cierra la comitiva un gran telar arrastrado por una estructura de metal y piedra a modo de altar, tirada por un caballo de madera. Se distingue a una mujer de pelo muy largo y ondulado, con un elaborado recogido

hacia un lado, coronado con una peineta brillante que destaca sobre las espadas que llevan un grupo de hombres que la rodean. Es la incongruencia de la belleza dentro de la guerra. Conspiran entre ellos para cortejarla y conseguir así poder y descendencia propia mientras un joven intenta poner orden. Se asemeja a la berrea silenciosa en los habitáculos en los que *los otros*: (des)toman decisiones, emponzoñan, protocolizan, (des)regulan, se pasan la pelota porque en medio de salarios seguros desconocen las competencias y escasea el sentido común porque no les hierva la sangre en las venas. En sus mediocres agendas di-



ciendo sí y haciendo no, o al revés, pues la estupidez insiste siempre.

La mujer permanece absorta en su labor, está sentada y teje una hilerá, luego la vuelve a destejer en una intencionada argucia que esconde entre los dedos y los hilos. Títeres de lugares asombrosos en los que vivimos y que, por una pueril irracionalidad, no pueden soportar su brillo.

El muchacho se da cuenta de lo difícil que es poner ese orden en situaciones críticas y un numen se apiada de él, aconsejándole que vaya en busca de su padre. Está el primero en la fila, pero él no lo sabe. *¿A quién podemos acudir cuando la solicitud choca con las peñas y nos devuelve en eco voces que también bailan al son de nuestros despistados?* El antifaz de la doble batalla, la aceptación de “a caballo regalado no le mires el diente”. *¿Tampoco lo sabemos?* Ni prevenidos ni con prevención.

De repente una ruptura de todo, suena el teléfono, me quito los auriculares con un pequeño movimiento brusco y la extraña melodía que estaba escuchando nada tiene que ver con este tono impuesto por el fabricante. Reparo un momento en que yo no he seleccionado esa música.

Pero ¿qué haces?, ¿no ves la hora que es?

Perdona, no me había dado cuenta...

¡Venga!, date prisa, menos mal que te he sacado la entrada porque había una cola alucinante.

Tomo rápidamente el bolso; salgo disparada por la puerta y corro por

la calle como lluvia que no traga las alcantarillas. Me distraigo un segundo mirando al cielo, que ha parido una enorme nube que todo lo cubre y se me eriza el vello. En la puerta está esperándome mi amiga Mirte, no intercambiamos palabras, solo un gesto de su dedo índice apuntando su reloj. La sala está casi llena por la coincidencia del espejismo veraniego que aumenta la población y esa cosa junguiana que se llama inconsciente colectivo. Serán las historias que podemos moldear a nuestro antojo.

Después de un rato se oye un estruendo y el agua golpea con fuerza el techo del local. Todos apartamos los ojos de la epopeya y miramos hacia arriba: el rayo con poder de destrucción y la lluvia como paliativo del fuego, como alimento de la seca tierra, pero también como diluvio. Luego, calma.

Por fin aparecen los títulos de crédito y en el mismo instante de encenderse la luz, aparece de la nada una lechuza que nos escruta con la mirada. Un grupo aplaude como si formara parte de un espectáculo sobrenatural. Bajamos todos por las escaleras y salimos seguidos, como si un hilo de plata invisible tirase de nosotros. Ya en la calle, soy incapaz de articular palabra, levanto los hombros y las palmas hacia arriba; Mirte me mira con ojos redondos y me dice: *“¿Pero no escuchaste el canto de las sirenas?”*

Nina Peñasacra

OJO CRÍTICO

CÓDIGO DE BARRAS

Cuando el fuego entra en el monte, el código queda grabado sobre la tierra.
La factura la pagan el bosque, los animales y, al final, todos nosotros.

JUAN CARLOS MARTINEZ

